

general y cercano, y rehusando lanzar á sus tropas en un cambio de cantones, que apenas les aprovecharian algunos dias. quedóse en Winkowo, delante de Kutusof, que se hallaba establecido en Taroutino.

Ya el 12 de octubre, cuando aun no era posible tener respuesta de San Petersburgo al paso dado el 5, despues de pasar en Moscou veinte y siete dias, conocia Napoleon que era indispensable abrazar un partido, y que, si se quedaba en Moscou, debia alejar á los rusos de sus cantones, y, si se retiraba de aquel punto, habia que emprender la marcha antes de que la mala estacion viniese. De consiguiente dispuso la partida de todos los heridos, cuyo estado lo permitiera, hizo que se sacaran los que se llamaron trofeos, esto es, varios objetos cogidos del Kremlin, prohibió que de Esmolensko á Moscou se llevara ya cosa alguna, y previno que en la primera de estas ciudades se aprestase todo para darle la mano en la direccion que indicara. Pero una idea, una sola, le retenia como á pesar suyo, y le retenia siempre que iba á determinarse. No era, como se ha creido, la esperanza de la paz, esperanza que no abrigaba, sino el temor de perder el ascendiente de la victoria, iniciando un movimiento retrógrado á los ojos del mundo; y en esto cedia, no á una ilusion pueril, sino al profundo sentimiento de la situacion en que se hallaba. Se decia que el primer paso dado hacia atras seria el principio de una serie de confesiones costosísimas y peligrosas; confesiones de que habia avanzado muy lejos, de que le era imposible sostenerse á tal distancia, de que se habia engañado, de que se le habia frustrado su objeto en esta

campana. ¡Cuántas defecciones y que de ideas insurreccionales debia suscitar el espectáculo de Napoleon hasta entonces invicto, obligado á retroceder al cabo! Prescindiendo del orgullo, y el orgullo sin duda entraba á la parte en los sentimientos que experimentaba, habia en este primer paso hacia atrás un peligro inmenso. Efectivamente podia ser el principio de su caída (1).

Preocupado con este peligro pensaba siempre en invernar en Moscou, ó en ejecutar un movimiento que, aproximándole á sus almacenes, tuviera visos de una maniobra y no de una retirada. Invernar en Moscou era una resolucion de singular audacia, y esta resolucion tenia parciales. Uno digno de la mayor consideracion figuraba entre ellos, y era Mr. Daru, que habia acompañado á Napoleon en calidad de secretario de Estado, y estaba encargado de todos los detalles de la intendencia del ejército, y la desempeñaba con un celo, una inteligencia y una actividad, dignas de tan alto y difícil empleo. Este administrador eminente consideraba mas fácil sustentar al ejército en Mos-

(1) Con documentos á la vista, segun la correspondencia del mismo Napoleon y á tenor de una porcion de notas escritas de su puño, todas las cuales revelan su verdadera idea, enuncio y afirmo que, contra la tradicion recibida, Napoleon fué retenido en Moscou menos por la esperanza de la paz que por el temor de perder el ascendiente militar y moral, operando un movimiento retrógrado. Me gusta poco alterar las versiones admitidas en historia. Procuro ser veraz y no nuevo. Sobradamente nuevo es uno solo con ser veraz. Sostengo pues el aserto de que se trata sobre las causas de la larga permanencia de Napoleon en Moscou, porque tengo el convencimiento y la prueba de su exactitud.

cou y asegurarle allí sus comunicaciones durante el invierno, que volverle á llevar sano y salvo á Esmolensko por un camino desconocido, si se tomaba alguno nuevo, ó devastado, si se tomaba por el seguido antes. Consejo de Leon llamaba Napoleón á este, y á la verdad se necesitara de rara osadía para adoptarlo. No estribaba la dificultad mayor en la manutencion de los hombres, segun ya hemos indicado, pues habia trigo, arroz, legumbres, bebidas espirituosas y algunas carnes saladas. Hasta habia medio de proporcionarse carne fresca, con tal de que antes de la mala estacion se juntara ganado y forrage para nutrirlo durante algunos meses. Lo mas dificultoso era hacer vivir á los caballos, que se morian de inanicion, no sabiendo como sostenerlos ni en aquel instante, que no era el mas desfavorable del año. Aun quedaba el recurso de llevar los cantones á diez ó doce leguas á la redonda, segun se habia ya hecho, pero ademas de la inseguridad de que esto bastase para hallar los forrages necesarios ¿cómo se podian sostener estos cantones á tanta distancia, luego que la mala estacion llegase, con una caballería ligera destruida y contra una innumerable muchedumbre de cosacos, ya venidos ó próximos á venir de las orillas del Don? Vencidas estas dificultades, todavía quedaba otra de no menos peso, la de mantener todas las comunicaciones entre los puestos escalonados en el camino de Esmolensko á Moscou, la de asegurar no solo sus relaciones de uno á otro, sino la conservacion particular de cada uno de ellos, porque, á no convertirlos en plazas fuertes, ¿cómo se les habia de poner al abrigo de un cuerpo de doce á quince mil hombres, que acometiera la em-

presa de atacarlos y de tomarlos uno á uno? Se necesitaban en Dorogobouga, en Wiasma, en Ghjat, en Mojaisk, etc., sin contar otros muchos menos importantes aunque necesarios; y suponiendo todos estos puestos armados, abastecidos, provistos no solo de guarniciones permanentes, sino tambien de fuerzas movilizadas y capaces de socorrerse unas á otras, evidente era que este objeto solo requeriria el valor de un ejército. Y á pesar de todos estos cuidados para mantener las comunicaciones ¿qué seria de París, qué de la Europa, si un dia llegaban á faltar noticias de Napoleón, y existia la misma separacion de él que de Masena durante la campaña de Portugal? Por último, aun superadas tan múltiples dificultades de la manera mas venturosa ¿qué se habria ganado con hallarse en Moscou al asomar la primavera? En Moscou se estaba á ciento ochenta leguas de San Petersburgo, ciento ochenta leguas de un camino muy malo, sin contar ciento para ir de Esmolensko á Moscou, lo cual sumaba doscientas ochenta para los refuerzos que fueran á juntarse al grande ejército en marcha sobre San Petersburgo, al par que desde Witebsk, por ejemplo, no seria mas que de ciento cincuenta leguas la distancia. Si la campaña próxima consistia en dirigir los esfuerzos contra la segunda capital de Rusia, valia mas evidentemente arrancar desde Witebsk que desde Moscou, y este era el único punto de partida que hubiera podido adoptarse.

De consiguiente el invernarse en Moscou suscitaba las mas graves objeciones. Sin embargo, la repugnancia de Napoleón á un movimiento retrógrado era tan pronunciada, que no excluía la hipótesis de invernarse en Moscou, y que, aun habien-

do ordenado la partida de los heridos, cuyo estado lo permitia, para estar desembarazado en sus movimientos, hacia fortificar el Kremlin, limpiar los aproches de este alcázar, cubrir con tambores sus puertas, armar de cañones sus muros y torres, traer refuerzos al ejército y llevar muy lejos sus avanzadas para estudiar los recursos del pais tanto en víveres como en forrages.

En medio de estas perplejidades crueles, preferia siempre Napoleon la excelente maniobra que aproximándole á Polonia por una marcha oblicua hacia el Norte, le colocara detrás del duque de Bellune en Veliki-Luki, y le diera apariencias no de retirarse, sino de apoyar un movimiento ofensivo sobre San Petersburgo. Desgraciadamente cada dia que pasaba, trayendo el invierno, hacia mas anti-pática para el ejército una direccion al Norte, y ademas las noticias llegadas del Mediodia reclamaban forzosamente hacia aquel lado las combinaciones del momento. Mientras todo permanecia estacionado junto al Dwina y Macdonald se consumia delante de Riga sin poder sitiar esta plaza, y el mariscal Saint-Cir resistia inmóvil en Polostk, sin poder sacar de su victoria del 18 de agosto otro resultado que el de mantenerse en su posicion, el almirante Tchitchakoff, de vuelta de Turquía, despues de firmar la paz con los turcos, habia atravesado la Podolia y la Volhinia, y tranquilizado por la neutralidad de la Galitzia, secretamente convenida con Austria, habia penetrado hasta las márgenes del Styr para reforzar á Tormazoff. Obligado á dejar algunos miles de hombres á su espalda, no llevaba mas que treinta mil consigo, y así ascendian á sesenta mil los dos ejércitos juntos. Toman-

do el mando general de ellos, obligó á Schwarzenberg y á Reynier, que no contaban mas que treinta y seis mil entre uno y otro, á replegarse sobre el Bug, y luego detrás de los pantanos de Pinsk, para cubrir el gran ducado. De cuanto Napoleon pidió para el príncipe de Schwarzenberg nada mas habia llegado que el baston de mariscal, y la promesa de siete ú ocho mil hombres, que no se veian aparecer nunca. De nuevo se habia esparcido la alarma en Varsovia, donde, en vez de un entusiasmo creador reinaba un general abatimiento, donde se daban por abandonados de Napoleon, donde se quejaban de que no hubiera incorporado la Lithuania á Polonia, donde de todas estas quejas se formaba una excusa para no moverse y para no enviar reclutas ni material al príncipe Poniatowski.

En situacion semejante no se podia pensar en un movimiento hacia el Norte, pues así se dejara vasto campo de sobra á las empresas del almirante Tchitchakoff. Mejor convenia una marcha sobre Kalouga á la actual direccion de las fuerzas enemigas, y al estado de los ánimos, á los cuales se tranquilizaba ofreciéndoles en perspectiva el clima y la abundancia de las provincias meridionales.

Por todas estas razones ideó Napoleon una combinacion mixta, consistente en trasladarse al campo de Taroutino, á expulsar á Kutusof de este punto, lo cual no tenia apariencias de una retirada, á arrollarle sobre la derecha ó sobre la izquierda, á marchar de seguida á Kalouga, á llevar allí por el camino de Jelnia al duque de Bellune, ó al menos una fuerte division, ya lista en Esmolensko á invernar así en Kalouga, en el seno de un pais fértil, bajo un cielo poco riguroso, en comunicacion por

la derecha con Esmolensko, y por su espalda con Moscou. Dentro de este plan estaba guardar el Kremlin, dejar allí al mariscal Mortier con cuatro mil hombres de la Joven Guardia, con otros cuatro mil de ginetes desmontados, organizados en batallones de infantería, depositar allí su material mas pesado, sus heridos, sus enfermos, sus rezagados, proporcionar así á este mariscal de carácter experimentado una guarnicion de diez mil hombres y víveres para seis meses. Situado Napoleon en Kalouga, en el seno de cierta especie de abundancia, pudiendo alargar las manos al mariscal Mortier, de quien distaria cinco jornadas, ó al duque de Bellune, de quien distaria tambien lo propio, trasladándole á Jelnia, se hallaria como una araña en el centro de su tela, pronto á correr á donde quiera que se sintiese un movimiento. De este modo nada habria evacuado, sino que al revés se hallarian invadidas nuevas provincias, tomando posicion en el pais mas hermoso y mas central de Rusia. Supóngase una batalla ganada por completo sobre Kutusof en los alrededores de Taroutino; supóngase además un invierno de rigor ordinario, y este plan tenia grandes probabilidades de buen suceso, fuera de que, si se deseaba definitivamente aproximarse á Polonia, podia Mortier tomar víveres para diez dias, evacuar á Moscou por el camino seguido antes en derechura, y volver tranquilamente á Esmolensko, recogiendo todos los puestos que se hallaran entre ambos puntos, y hallándose á cubierto por la presencia de Napoleon en Kalouga. Esta operacion bastaba por sí sola para traer al almirante Tchitchakoff sobre Mozir y desbaratar sus proyectos fingidos ó reales contra el gran ducado.

Semejante combinacion nueva, prueba de la fecundidad del talento de Napoleon, no era la que hubiese preferido, sino la que juzgaba mas conveniente. Habiendo sobrevenido de pronto una ligera helada el 13 de octubre, sin que el hermoso tiempo de que se gozaba experimentara variacion alguna, todos conocieron que era llegada la hora de resolverse. Napoleon juntó á sus mariscales para oír sus pareceres, aunque ordinariamente se cuidara poco de la opinion ajena; pero en la situacion de entonces, cada cual adquiria con la gravedad creciente de las circunstancias algun derecho á ser consultado. El principe Eugenio, el mayor general Berthier, el ministro de Estado Daru, los mariscales Mortier, Davout y Ney asistieron á esta junta. No faltaban mas que Murat y Bessiéres, retenidos delante del campo de Taroutino. La primera cuestion versaba sobre el estado particular de cada cuerpo, la segunda sobre el partido que debia tomarse. Sobre el estado de los cuerpos y con relacion al número nada habia que no fuera lastimoso, pues el del mariscal Davout estaba reducido de setenta y dos mil á veinte y nueve ó treinta mil hombres; el del mariscal Ney de treinta y nueve mil á diez ú once mil soldados. No contaba el principe Poniatowski mas que cinco mil hombres, dos mil los westfalianos, veinte y dos mil la Guardia, sin haber peleado. En totalidad y contando los parques se podia calcular el ejército en cien mil y algunos mas combatientes, de los ciento setenta y cinco mil que componian su fuerza efectiva al partir de Witebsk, y de los cuatrocientos veinte mil que la formaban al pasar el Niemen. Por lo demas el estado de los hombres era satisfactorio. Frescos estaban y

descansados y muy decididos, aunque harto inquietos de resultas de su posicion azarosa, que su rara inteligencia avaloraba perfectamente.

En cuanto al partido que debía tomarse discor-daron los pareceres. El mariscal Davout opinó que, habiendo vuelto á ingresar en las filas los soldados levemente heridos y hallándose los cuerpos muy descansados, no había instante que perder en la partida; que, llevándonos el camino de Kalouga á países fértiles y no devastados, y bajo climas menos rigurosos, no cabía elegir otra direccion que esta. Con su lenguaje indicaba el mariscal Davout harto á las claras que se había permanecido en Moscou mas de lo conveniente. Dispuesto como de costumbre el general Berthier á contradecir al mariscal Davout, y encargado naturalmente de defender las resoluciones que habian prevalecido, puesto que representaba al estado mayor general, sostuvo por el contrario que la permanencia en Moscou había sido útil y necesaria, que, merced á ella, había sido posible rehacer las tropas y restituirles la salud y las fuerzas. Sin embargo, convino en que la hora de partir era llegada. Habitudo á conformarse con la opinion de Napoleon y sabiendo su constante preferencia al camino del Norte, propuso la vuelta sobre Witebsk, marchando lateralmente al camino de Esmolensko por Waskrensensk, Wolokolamsk, Zubkow, Bieloí. Este era el plan de Napoleon cuando ya no cabía ejecutarlo. Leal el mariscal Mortier al par que sumiso, fué del mismo dictámen que Berthier, representante común del pensamiento imperial. Rudo é indócil el mariscal Mortier cuando se abandonaba al primer impulso, apoyó vigorosamente la opinion del ma-

riscal Davout, consistente en decir que se había permanecido en Moscou sobrado tiempo, lo cual significaba ya mucho, y que convenia partir lo mas pronto posible. No poco habló del estado de su cuerpo, reducido á diez mil hombres, sin los wurtembergeses, y sostuvo que la direccion de Kalouga era la única admisible. De sobra apacible y tímido el príncipe Eugenio para tener otra opinion que el estado mayor general, habló como Berthier. Al revés Mr. Daru no vaciló en declarar que no participaba del dictámen de los unos ni de los otros, y en sostener que se debía invernar en Moscou. Según aseveraba, dentro de la ciudad había en viveres, arroz, harina y bebidas espirituosas para todo el invierno. Extendiendo los cuarteles había posibilidad de juntar forrages, y de mantener por este medio el ganado y los caballos. De suerte que se podía evitar el doble inconveniente de un movimiento retrógrado y de una marcha por entre países desconocidos unos, aniquilados otros al primer tránsito por ellos, en una estación muy avanzada y con soldados muy aptos para las marchas ofensivas y poquísimo para las de retirada.

Napoleon tan fácil y pronto en formar su opinion y expresarla, tenía la costumbre de callar, y de oír, y de reflexionar sobre lo que oía, cuando consultaba la opinion ajena. Parece que se calló y reservó su decision ahora, según había acontecido en mas de una ocasion de esta clase.

A la verdad había que buscar en sus perplejidades la causa de su silencio. Permanecer allí hubiera querido, pero conocia la dificultad de vivir y de mantener sus comunicaciones. Reducido á partir, hubiera preferido la marcha al Norte por tener

el carácter de ofensiva; pero la mala estacion, la aparicion del mariscal Tchitchakoff junto al bajo Dnieper le empujaban forzosamente al Mediodia, y la marcha sobre Kalouga, el establecimiento en esta rica provincia, dejando una guarnicion en el Kremlin, y situando al duque de Bellune en Jelnia, para comunicarse con Esmolensko, le parecian constituir el plan mejor adecuado á las circunstancias. De consiguiente estaba resuelto á adoptarlo; pero la vaga esperanza de recibir una respuesta de San Petersburgo, aun cuando no contase con ella, la lentitud de las evacuaciones por falta de carros, el tiempo que era deslumbrador por lo hermoso, como si la naturaleza hubiera sido cómplice de los rusos para engañarnos, y finalmente la repugnancia siempre grande á iniciar un movimiento retrógrado, le retuvieron aun cuatro ó cinco dias, y ya se iba á determinar á expedir sus últimas órdenes para la marcha sobre Kalouga, cuando un repentino y grave accidente le vino á sacar el 18 de octubre de sus deplorables dilaciones.

Con efecto el dia 18 revistaba las tropas del mariscal Ney estando magnífica la mañana, cuando súbito se oyó el sordo estampido del cañon hácia el Mediodia, sobre el camino de Kalouga. Muy luego un oficial enviado desde Winkowo anunció que Murat, fiando en la palabra verbal que se habian dado de avisarse con algunos horas de anticipacion en el caso de volver á las hostilidades, habia sido sorprendido y asaltado aquella misma mañana por todo el ejército ruso, y que, segun su costumbre, habia salido del trance á fuerza de valor y fortuna, aunque no sin perder hombres y cañones. Véase el pormenor de cuanto habia acontecido.

Algun tiempo habia que llegaban refuerzos al ejército ruso, y por las continuas detonaciones de armas de fuego era fácil conjeturar que el viejo Kutusof ejercitaba á sus reclutas, para incorporarlos en sus batallones. Desembarazado del infeliz Barclai de Tolly por la intriga, de Bagration por el fuego del enemigo, no le quedaba mas censor impertuno que Benningsen, y aspiraba á librarse de él ó á anularle por lo menos para seguir con mas holgura su propia idea. Esta era profundamente juiciosa, y consistia en reforzar tranquilamente su ejército mientras se disminuia el de los franceses, en no atropellar nada, en no aventurar contra un enemigo como Napoleon cosa alguna, y en no operar en su contra sino cuando el clima se le entregara vencido en las tres cuartas partes. Y aun queria dejar que le venciera el clima de tal manera que nada casi quedara que hacer á sus tropas. ¡Tanto le gustaba jugar á golpe hecho, y tanto temia á su adversario! Hasta el presente le habia salido todo á medida de su deseo. Mas de veinte regimientos de cosacos habia recibido, veteranos todos, socorro muy apreciable para cuando tuviera que perseguir al enemigo. De los depósitos le habian llegado numerosos reclutas que incorporó en sus regimientos. Muchos soldados extraviados ó levemente heridos se le habian juntado, y al mediador octubre contaba entre infantería y caballería regular no menos de ochenta mil hombres, y ademas veinte mil excelentes cosacos. A tenor de las intenciones de Alejandro, no habia dado á Napoleon ninguna respuesta, con el fin de prolongar la permanencia de los franceses en Moscou.

Sin embargo de su resolucion de no obrar toda-

via, la situación de Murat era adecuada para tentarle, pues, según hemos dicho, se hallaba en una dilatada llanura, detrás de la cuenca del Czernicznia, teniendo cubierta su derecha por la parte honda de esta cuenca, que iba á parar al Nara, si bien quedando su izquierda al aire, á causa de que por este lado la escasa profundidad del Czernicznia no era un obstáculo contra los ataques del enemigo. Aprovechándose de un bosque dilatado entre los dos campos, y que podía ocultar los movimientos del ejército ruso, era fácil desembocar por la izquierda de Murat, rebasarle, cortarle de Woronowo, y quizá destruir su cuerpo, que, además de la infantería de Poniatowski, constaba de casi toda la caballería francesa.

Habiendo reconocido esta posición el ardiente coronel Toll de concierto con el general Benningsen, propuso inaugurar las nuevas hostilidades con este atrevido golpe de mano, tras del cual, por bien que librara Napoleon, quedaria tan debilitado que de pronto caeria en una grandísima inferioridad numérica respecto del ejército ruso. Aunque muy resuelto Kutusof á no aventurar nada, vencido por la verosimilitud del triunfo, por las instancias del coronel Toll, por el temor de dar á Benningsen armas en su contra, consintió en la operación propuesta. De consiguiente la noche del 17 de octubre, el general Orloff-Denisoff con una gran masa de caballería y muchos regimientos de cazadores y el general Bagowouth con toda su infantería recibieron orden de adelantarse á la callada por entre el bosque extendido entre los dos campos, y de desembocar por la izquierda de los franceses, mientras el grueso del

ejército ruso marchaba de frente sobre Winkowo.

Convenido este plan fué puesto en ejecución la noche del 17, y el 18 por la mañana vióse asaltado de imprevisto el general Sebastiani. A la izquierda, diseminada para ir á forragear nuestra caballería, fué rechazada mas allá de la cuenca naciente del Czernicznia; hácia el centro, despertando con sobresalto nuestra infantería en las aldeas donde acampaba, corrió á las armas y vino á hacer fuego á lo largo de la misma cuenca del Czernicznia, mas honda por esta parte. Allí habíamos perdido algunas piezas de artillería, algunos centenares de prisioneros, y una gran cantidad de bagages; pero Poniatowski y el general Friederichs con su infantería atajaron de plano la marcha de los rusos por nuestro frente; y hácia nuestra izquierda sorprendida, reparando siempre Murat sobre el campo de batalla la ligereza de sus lugartenientes y la suya propia, dió cargas de caballería tan reiteradas, tan bien dirigidas, tan vigorosas, que dispersó la caballería de Orloff-Denisoff, y rompió y acuchilló á cuatro batallones de infantería. Gracias á estos prodigios de bravura, gracias á las falsas maniobras de los rusos, que anduvieron vacilantes, siempre temiendo hallarse con el mismo Napoleon cara á cara, pudo replegarse Murat sano y salvo sobre Woronowo, tan vencedor como vencido, y dueño del camino de Moscou. Cerca de mil quinientos hombres habia perdido, matando dos mil á los rusos. Estos experimentaron además la dolorosa pérdida del bizarro general Bagowouth que, agraviado por una especie ofensiva del coronel Toll, fué á plantarse á la boca de nuestros cañones y cayó sin vida.

Noticioso de esta accion que, aun siendo brillante, revelaba la falsedad de la posicion de Murat, como tambien su imprevision y la de sus lugartenientes, airóse mucho Napoleon contra unos y otros, y airóse mucho mas contra los rusos, que no habian respetado el compromiso verbal de avisarse tres horas antes. Evidentemente era preciso castigarlos, y así entre todas las combinaciones venia á ser mejor que otra alguna y ademas la única practicable, la que consistia en marchar sobre Kalouga. Al punto Napoleon expidió sus órdenes para llevar esta combinacion á cabo en los términos que ya hemos expuesto. En la tarde del 18 de octubre, el principe Eugenio, los mariscales Ney y Davout y la Guardia imperial debian hacer sus preparativos de marcha para la mañana siguiente, cargar en los carros pertenecientes á sus cuerpos y en los que se habian proporcionado los víveres que les fuera posible llevar consigo, calculándolos en doce ó quince dias de subsistencias para el ejército entero, cruzar á Moscou, é ir á bivaquear delante de la puerta de Kalouga, á fin de poder hacer una gran marcha el dia 19. No estando resuelto de ningun modo á evacuar á Moscou, y queriendo reservarse la posibilidad de guardar este puesto, y aun de volver allí en caso necesario, prescribió Napoleon al mariscal Mortier que se quedara en este punto con diez mil hombres, cuatro mil de la Joven Guardia, otros cuatro mil de caballería desmontada, y los demas de caballería montada y de artillería. Recomendóle cargar las minas que se habian preparado, á fin de hacer saltar el Kremlin á la primera orden, reunir allí el material, los hombres aspeados y enfermos, y todo lo que aun

no se habia podido enviar á Esmolensko. A los heridos que no podian marchar ni sufrir su traslacion á otro punto depositólos en el hospicio de niños expósitos que habia salvado, fiando su custodia al respetable general Toutelmine, con cuyo agradecimiento contaba. Igualmente previno al general Junot que estuviera pronto á dejar á Mojaisk al primer instante para volver á Esmolensko. Al gobernador de esta ciudad le escribió que enviara á Jelnia una division que se habia formado con las tropas de marcha á las órdenes del general Baraguay de Hilliers, y al duque de Bellune que se aprestara á seguir á esta division en persona. En suma todo lo dispuso para la doble eventualidad de un simple movimiento sobre Kalouga, quedando siempre Moscou en nuestras manos, ó de una retirada definitiva sobre Witebsk y Esmolensko. Dadas estas órdenes, se hicieron preparativos para la evacuacion verdadera de Moscou, y el ejército adoptó sus disposiciones de partida, con la idea de no ver á aquella capital ya nunca.

Toda la noche se pasó en cargar los carros con víveres y bagages, y en cruzar las arruinadas calles de Moscou para tomar posicion de marcha junto á la puerta de Kalouga. A la siguiente mañana del 19 de octubre, primer dia de esta retirada por siempre memorable, á causa de los infortunios y el heroismo que la señalaron, se puso el ejército en movimiento. Delante de todos desfiló el principe Eugenio, el mariscal Davout en seguida, y detrás el mariscal Ney, los tres con sus respectivos cuerpos, y la Guardia imperial cerraba la marcha. La caballería, á las órdenes de Murat, los polacos á las de Poniatowski, una division del mariscal Da-

vout á las del general Friederichs estaban en Wronowo, enfrente de las retaguardias rusas. Ya hacia dias que una division del principe Eugenio, la del general Broussier, habia tomado posicion en el nuevo camino de Kalouga, el cual se extendia entre el antiguo, que seguia el grueso del ejército, y el de Esmolensko. A la verdad el ejército presentaba un espectáculo extraño. Ya se ha dicho que los soldados estaban sanos y robustos, y los caballos flacos y consumidos; pero el séquito del ejército era el que ofrecia singular aspecto. Despues de un inmenso aparato de artillería, como se necesitaba para seiscientas bocas de fuego abundantemente municionadas, seguian masas de bagages como desde los siglos bárbaros jamás se habian visto, de aquellos siglos en que poblaciones enteras mudaban de lugar sobre toda la superficie de Europa á fin de ir en busca de nuevos territorios. El temor de carecer de viveres habia inducido á cada regimiento, á cada batallon, á poner sobre los carros del país cuanto pudieron haber á las manos de pan y de harina, y los que tomaron esta precaucion no eran los mas cargados. Otros habian añadido á los bagages los despojos recogidos en el incendio de Moscou, y muchos soldados llenaron con ellos sus morrales, como si sus fuerzas hubieran bastado para llevar sus viveres y su botin al mismo tiempo. La mayor parte de los oficiales se habian apoderado de los ligeros carruages de los rusos, y los habian cargado de viveres y trages de abrigo, á fin de precaverse del hambre y del frio. Finalmente, las familias francesas, italianas, alemanas, que se habian atrevido á permanecer en Moscou con nosotros, temiendo la vuelta de los rusos, solici-

taron acompañarnos, y formaban una especie de colonia afligida detrás del ejército. A ellas se habian agregado gentes de teatro, y ademas las infelices mugeres que vivian de la prostitucion en Moscou, todos temblando de igual modo la vuelta á la ciudad de sus fugitivos moradores. El número, la variedad, la rareza de estos bagages, carretas, calesas, droskis, berlinas, carruages todos tirados por malos caballos, atestados de sacos de harina, de vestidos, de muebles, de enfermos, de mugeres, de niños, ofrecian un espectáculo extravagante, casi sin término, y muy propio á inspirar inquietudes, pues era cosa de pensar cómo se habia de maniobrar con semejante aparato, y cómo se podria defender especialmente contra los cosacos. Aunque por la ancha avenida de Kalouga marcharan ocho carros de frente, y no se interrumpiera la fila un instante, la salida comenzada el 49 por la mañana todavia duraba por la noche. Sorprendido Napoleon, desazonado, casi alarmado á la simple vista, quiso desde luego poner remedio á tal embarazo, pero, despues de reflexionar un momento, ocurrióle que la marcha, los accidentes del camino, los consumos cotidianos, reducirian muy pronto la cantidad de estos bagages; que de consiguiente era inútil afligir á los propietarios con rigores, á los cuales la necesidad supliria por sí sola; que, á mayor abundamiento, aquellos carruages, si habia combates, servirian para conducir á los heridos, y por estas razones consintió que cada cual se llevara lo que pudiera. Solamente previno que se dejara cierto espacio entre las columnas de bagages y las columnas de soldados, á fin de que el ejército pudiera maniobrar libremente. Napoleon no salió de Mos-

cou hasta el otro dia, queriendo vigilar en persona los últimos pormenores de la evacuacion, y contando con la facilidad que tendria siempre de alcanzar á caballo á la cabeza del ejército, tan luego como su presencia fuera alli necesaria.

Esta primera jornada del 19 empleada en salir de Moscou, no lo fué en adelantar camino. Llegado el ejército á las alturas que dominan á Moscou, hizo alto para lanzar la postrera mirada sobre esta ciudad, término extremo de nuestras conquistas, primer término de nuestras desventuras. Al pie de las colinas que habiamos trepado, se descubria la larga é interminable línea de nuestros bagages, mas allá las doradas cúpulas de la gran capital moscovita, al menos aquellas no devoradas por el incendio, y en el fondo de este cuadro el cielo mas puro. Se contemplaron una vez mas estos objetos, que ya no se habian de ver nunca, y siguióse el camino con el anhelo de ganar pronto las comarcas de Polonia y Alemania, experimentándose ahora tanto desagrado como antes orgullo de haberlas traspuesto. Por lo demas el cielo estaba siempre trasparente, víveres habia, y se miraba al enemigo con desden inspirado por la confianza de vencerle. Este primer dia se anduvieron tres ó cuatro leguas á lo sumo, y se debian andar mas al siguiente.

Con efecto, continuando magnifico el tiempo, fué el ejército á acampar de resultas de una gran marcha entre el Desna y el Pakra. Napoleon, saliendo de Moscou por la mañana, llegó prestamente al palacio de Troitskoie, y viendo alli la situacion de los dos ejércitos, reflexionando sobre las noticias recibidas, tomó de pronto la resolucion mas importante. De Moscou habia salido no con la

idea de emprender la retirada, sino con la de castigar al enemigo por la sorpresa de Winkowo, de arrollarle mas allá de Kalouga, y de establecerse en esta ciudad de seguida, alargando una mano á las tropas trasladadas de Esmolensko á Jelnia, y la otra al mariscal Mortier dejado en el Kremlin. A la vista del terreno y de la posicion del enemigo, modificó su determinacion de súbito y con admirable presteza. Efectivamente, habia dos caminos para dirigirse á Kalouga, uno á la derecha, lateral de Esmolensko, llamado camino nuevo, y pasando por Scherapowo, Fominskoie, Borowsk, Malo-Jaroslawetz, enteramente libre de enemigos, ocupado por la division de Broussier, y cruzando ademas paises aun no devorados; y otro el que ibamos siguiendo y pasaba por Desna, Gorki, Woronowo, Winkowo, Taroutino, sobre el cual se hallaban fuertemente establecidos los rusos en un campo preparado muy de antemano. Para desalojarlos de alli habia que dar una gran batalla, y la ventaja de ganarla no compensaba el inconveniente de perder quizá doce ó quince mil hombres, y de tener que llevar consigo ó que abandonar por los caminos diez mil heridos. Seguramente, á ser posible, valia mas desfilas delante del ejército ruso, sin que este lo descubriera, ocultándole el movimiento de traslacion del viejo al nuevo camino de Kalouga, por medio de un súbito cambio de direccion á la derecha, tomar por Fominskoie, Borowsk, Malo-Jaroslawetz, y ponerse asi fuera de alcance, despues de engañar completamente al enemigo. De salir bien esta maniobra tan hábil y tan oportuna, se alcanzaba un triunfo equivalente á la victoria mas brillante y que debia llenar de confusion al